



RELACION BURLESCA:
LOS AMANTES
DE TERUEL.



EN Teruel, Príncipe angosto,
César invicto de monas,
albardador de borricos,
y gran manajo de escobas:
en Teruel, donde se crían
puerros, ajos y cebollas,
melocotones y nabos,
pepinos y zanahorias:
en Teruel vuelvo á decir,
en donde se pezcan zorras
con anzuelos de pellejos,
y con cernada de botas:
naci; plúguiese mi madre,
fuesen mis ollas tan gordas,
que con carnero y tocino
se hubieran guisado todas:

que vivir para ser puerco,
y mas donde no hay bellota,
bien se puede llamar vida,
pero es vida muy glotona.
Dejo aparte mi haga tuerta,
supongo su albarda rota,
paso por el ser malquisto,
y voy solo á lo que importa;
que donde el juicio falta,
cualquiera cordura sobra.
Vivia pared y media
de mi cortijo ó mi choza,
mas todo es uno, una manca;
no dije bien, una coja;
mal la encarecí, una tuerta;
grosero anduve, una sorda;

todo es nada: una muger
para maldita la cosa.
Ni muy chica, ni muy grande,
ni muy flaca, ni muy gorda,
cortés como una cochina,
firme como una pelota,
noble como una judía,
compuesta como una mona,
discreta como un jumento,
y hermosa como ella sola.
Esto p. se por pintura
de las prendas que le adornan
á Dominga, y sobre todo
ser de mi gusto, que monta
mas que todo lo demás,
que para el que come sopas,
que hay mas ha de parecerle,
cuando es la raza mas honda.
Pedíla en fin á su abuelo,
el cual (ay tristes congojas!)
despues de otros muchos tragos
que hubo de una parte y otra,
me respondió, que sin duda
fuera mia Domingona,
á tener yo un mayorazgo
de un Don Fernando Algarroba,
que valia cuatro cuartos
en la ciudad de Lisboa.
Para este lance le pido
término, y él me lo otorga
de ciento y cincuenta meses:
candongas, señor, que todas
parecen cosas nacidas
de goznes y dormilonas.
Y sin detenerme un punto,
ni reparar que la honra
de mi dama peligrase
con alguna vil persona,
con un capitan que iba
desde el Retiro hasta Atocha,

que juzgo que no hay cabales
cuatro tiros de pistola,
senté plaza, y embarcados
en dos gordas gallegotas,
en Atocha nos hallamos,
á tiempo que la limosna
estaban dando á los pobres,
en cuya accion tan heroyca
era el pobre cocinero
general de aquesta tropa.
Aquí es menester, señor,
que tu suiedad me oyga,
pues sobre unas cucharadas
que tuvimos peligrosas,
sobre quitarle un zoque
á un pobreton en la sopa,
al tal Don Pedro Mendrugo,
el marido de la coja
de Madrid, le vi quebrar
los cascos con una olla,
que un pícaro de un soldado,
hijo propio de Mahoma,
le tiró desde un borrico,
parto de la burra roma.
Pero yo, viendo corrida
del pobre la vanagloria,
corro con puchero en mano;
mas él de mi furia loca
queriendo satisfacerse,
un garrotazo me arroja.
Dió el golpe, reparo y vuelvo
con tal presteza mi olla,
que le derribé de un golpe
dientes, narices y boca.
De allí me fuí á un bodegon,
en donde vi tanta copia
de perdices y conejos,
de solomos y de pollas.
de tortas y de empanadas,
rellenos y pepitorias,

que de pura pesadumbre
terraplené mi gergona,
y todo lo fui ajustando
con Yepes, que es linda aloja.
Levanté de allí mi sitio,
y mi suerte es tan dichosa,
que encontré á tu suciedad
en busca de una gorróna:
y por quererla pescar,
y ajustarle la corcoba,
caíste en una letrina:
mas yo con lealtad piadosa
me fui á casa de un ventero,
compré diez varas de sogá,
que me costaron seis cuartos,
y á tu ensuciada persona
saqué de tanto naufragio.
O qué acción tan hedionda!
Yo te llevé á una solana,
donde te maté en una hora
tanto número de liendres,
y de piojos tanta copia,
que cuando quiso acudir
al socorro Barbaroja,
hubo menester las manos
para calzarse las botas:
porque eran tantos los piojos,
y de liendres en tal forma
la multitud, que encimadas,
servían de plataforma.

Que así lo diga, señor,
tu suciedad me perdona,
el ser limpio, por si acaso
(ójala amor lo disponga!)
que en la primer feria que haya,
hagas una buena compra.
Pero viendo que no tengo
fortuna en ninguna cosa,
á este criado, que siempre
me ha seguido en mis derrotas,
te ruego, que aquí le saques
cuatro muelas de limosna.
Tambien te pido, señor,
que con atención me oigas,
y veas que mis zapatos
y mis medias estan rotas,
que mis calzones se rompen,
y mi casaca rabona.
Si ruegos, ansias, servicios,
cazos, sartenes y ollas,
bastan para merecer
de tu mano poderosa
algún dinerillo viejo,
ó alguna plata mohosa,
dímelo por vida tuya:
verás que me parto á Roma,
y caso con mi Dominga,
porque siendo ella mi esposa,
no hay dolor que me compita,
ni pena que se me oponga.



RELACION JOCOSA DE JUAN SOLDADO.

NO hay cosa que tanto maje
en puntos de espada ú honra,
como dar al que pretende
largas esperanzas bobas.



Bien hace el que desengaña,
sin andar en ceremonias,
en cortejos ni funciones:
pues despues que uno malogra
toda la flor de su vida,
sin mas fruto que una hoja,
para darle cualquier plaza,
con que la suya socerra,
le hacen dar antes mas vueltas
que la mula de una noria;
y porque nadie lo dude,
vaya una pintura tosca.
Con el ardiente deseo
de ganar dinero en forma
(cosa que si bien se mira
en estos tiempos de ahora,
sacará de sus casillas
al tabernero de Atocha)
se mete uno á ser Soldado,
religion la mas penosa,
con mas trabajo que algunas,
y menos racion que todas.
Mientras hay paces, tal cual
pasa un hombre su derrota
bien, porque hay alojamientos,
hay gallinas y hay patronas.
Mas declarada la guerra,
empieza la batahola:
marcha allá, marcha acullá,
hoy á Argel, mañana á Roma,
pasado mañana á Flandes,
y esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo:
fuego de Dios y qué tropa!
Ya se mueven las brigadas,
ya el General los exhorta
á despreciar una vida,
como si tuvieran otra.
Ya camienzan los cañones
á echar almendras tan gordas;

y ya trompetas y cajas
á formar el cuadro tocan.
Aquí es ella: ay Virgen mia!
que nos cercan, que nos cortan:
ánimo y nadie desmaye,
aunque en aquesta derrota
le hagan los sesos tortilla,
y los huesos pepitoria.
Bum, bum, bum. Jesus mil veces!
Qué ha sido estó? No fue cosa:
una bala que á seis hombres
les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos:
ahora es la ocasion, ahora.
A uno sin brazos le dejan,
á otro las piernas le doblan,
á aquel le sacan los ojos.
y á este envian por las costas.
Nadie afloje, mueran todos,
cruja el parche, y arda Troya.
Animo, que ya desmayan;
á ellos, á ellos que aflojan.
Qué batalla hemos ganado!
buen suceso gran victoria!
De esta vez á cada pobre
plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña,
á la corte un hombre torna:
va á pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora.
Porque despues que anda el pobre
tres años á la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta
(que solo en considerarlo
suda la gota tan gorda)
logra: qué? una racion de hambre,
y eso si acaso la logra.
Mas si fue siempre lo mismo,
dejemos correr la bola.